

De: **La lógica de la entrega sincera. Encuentro internacional "Mujeres"**, Roma 6-8 diciembre 1996. Laicos Hoy, Revista del Pontificio Consejo para los Laicos, 40, Ciudad del Vaticano 1997.

*Uno de los análisis más precisos sobre la cultura contemporánea, lo debemos a Hans Urs von Balthasar, que en el libro Sólo el amor es digno de fe hace una descripción exacta de como se ha venido delineando el mundo desde los tiempos de Bacón y Descartes hasta nuestros días. Entre otras cosas, afirma: « Si la relación entre naturaleza y gracia se rompe en el sentido de la dialéctica de los opuestos "ciencia" y "fe", entonces se pone al ser terrenal, necesariamente, bajo el signo del saber "superior" y las fuerzas del amor inherente al mundo son dominadas y sofocadas por la ciencia, la técnica y la cibernética. El resultado será un mundo sin mujeres, sin niños, sin respeto por la índole de pobreza y humildad del amor; un mundo en el que todo es visto en función de lo que produce y el poder que proporciona, y todo aquello que no es rentable, que es gratuito, que no sirve, es despreciado, perseguido, anulado; un mundo en donde hasta el arte aparece disfrazado con la máscara y el rostro de la técnica ».*

*El mundo que experimenta las consecuencias de la ruptura entre creación y redención, naturaleza y gracia, fe y razón, es un mundo en el que predomina una interpretación del hombre y de la naturaleza mediatizada por la tecnología y la "relevancia" de los hechos. Un mundo caracterizado por una radical distorsión del significado de "masculino" y "femenino", en el que hombres y mujeres indistintamente tienden a valorar a los primeros y a minusvalorar a las segundas. Un mundo sin amor.*

*Nosotros los cristianos, ¿Cómo nos confrontamos con esta realidad?*

*Hoy nadie mejor que el Papa defiende la dignidad y los derechos de las mujeres. Nadie lo hace de esa manera seria y apasionada a la vez, ni sobre bases tan sólidas. Su magisterio está cimentado en la palabra de Dios e iluminado por ella. El Papa nos exhorta a dejarnos guiar por esta Palabra, que permite a todos « identificar con claridad y radicalidad el fundamento antropológico de la dignidad de*

la mujer, manifestado en el diseño de Dios para la humanidad» (Carta a la mujeres, 6).

En esa selección de textos — que son el fruto del Encuentro Internacional organizado por el Pontificio Consejo para los Laicos en Roma, durante los días 6-8 de diciembre de 1996 sobre el tema: “Un compromiso renovado de todos para el bien de las mujeres del mundo entero” — la referencia a la enseñanza del Papa es constante. Tres son los aspectos concretos que destacan:

1) El primero es el de la feminidad. El Papa afirma que la mujer « contribuye de manera imprescindible (...) a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del “misterio” » (ibid., 2), también subraya que la “receptividad” que ella encarna en su misma persona y que se expresa en la “apertura” y la “espera”, es esencial para que el “ser” y el “actuar” de hombres y mujeres reflejen su humanidad.

Teniendo como modelo el fiat de María, esta receptividad significa fundamentalmente una apertura dócil al amor de Dios, « derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado » (Rm 5, 5). Acogiendo al Amor para dar amor, la mujer representa, por tanto, para la humanidad, el signo del justo orden del amor. Haciendo referencia al capítulo quinto de la Carta a los Efesios, el Papa escribe: « Si el autor [de la Carta] llama a Cristo Esposo y a la Iglesia Esposa, se confirma indirectamente, con tal comparación, la verdad sobre la mujer como esposa. El Esposo es aquel que ama. La Esposa es la amada: es la que recibe el amor para poder amar a su vez » (Mulieris dignitatem, 29). Lo genuino de la mujer está concretamente en saber demostrar que lo que constituye el núcleo del “ser” persona humana es el orden del amor. En efecto, Dios nos ha amado primero. Y « si Dios nos ha amado, también debemos nosotros amarnos los unos a los otros » (1 Jn 4, 11).

2) El segundo aspecto es que la distorsión del significado de “masculino” y “femenino” comporta a la vez la distorsión de nociones y prerrogativas puramente masculinas, como son la producción, la ejecución, el poder. El eclipsar la dimensión propia de la feminidad, lleva a un menosprecio de las mujeres. Esta constatación hecha por

los participantes en el Encuentro se corresponde con el pensamiento del Papa que resume así esta aberración: « Somos por desgracia herederos de una historia de enormes condicionamientos, que en cualquier tiempo y lugar han hecho difícil el camino de la mujer, infravalorada en su dignidad, en sus derechos, a menudo marginada y por si no fuera bastante, obligada a la esclavitud. Todo esto le ha impedido ser ella misma hasta el fondo y ha privado a la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales » (Carta a la mujeres, 3)

La humanidad podrá recobrar su dimensión femenina sólo a condición de que se dé un cambio profundo en la autoconciencia de los hombres y las mujeres. Si esto sucede, sus efectos se reflejarán en la economía, la política, la cultura. Si esto ocurriera, se podrían poner las bases de una ética común informada por el convencimiento de que el elemento constitutivo de todo lo creado es el amor.

3) El tercer aspecto es que a lo largo de la historia, las mujeres nunca han podido ejercer plenamente sus propios derechos cívicos. Una situación que aún sigue sin estar resuelta, como afirma el propio Juan Pablo II, hablando de los obstáculos que todavía hoy impiden a las mujeres insertarse plenamente en la vida social, política y económica: « Baste pensar cuantas veces se penaliza el don de la maternidad en vez de reconocerlo, aún sabiendo que la humanidad le debe su propia supervivencia. Todavía falta mucho por hacer para que el ser mujer y madre no conlleve ninguna discriminación. Es urgente conseguir en todo el mundo la igualdad efectiva de los derechos de la persona, y por tanto igual salario a igual trabajo, protección de las madres trabajadoras, posibilidades de ascenso en sus carreras, igualdad de los cónyuges respecto a los derechos de la familia, y todo lo relacionado con los derechos y deberes de los ciudadanos en un régimen democrático » (ibid., 4).

A pesar de estos condicionamientos, las mujeres han aportado muchísimo a la vida de la Iglesia y de la sociedad. Así se expresaban los participantes en el Encuentro, haciendo referencia a la Carta apostólica Mulieris dignitatem, donde consta que: « La Iglesia agradece todas las manifestaciones del “genio” femenino surgidas a lo largo de la historia en medio de los pueblos y las naciones (...). La Iglesia pide (...) que estas inestimables “manifestaciones del Espíritu”

*(cfr. 1 Cor 12, 4ss.) que con tanta generosidad son otorgadas a las “hijas” de la Jerusalén eterna, sean reconocidas y valoradas para que vuelvan a ser beneficio para la Iglesia y la humanidad, especialmente en nuestros días » (n. 31).*

*En este volumen se esboza la perspectiva de una más fiel adhesión a la voluntad de Dios que ha creado al ser humano — hombre y mujer — a su imagen y semejanza. Lo presentamos a todos aquellos que se servirán de él para que cada vez más hombres y mujeres puedan expresarse libremente y hacer fructificar los tesoros de su humanidad en el espíritu del fiat de María. El Pontificio Consejo para los Laicos espera poder contribuir a la búsqueda de soluciones que mejor respondan al diseño de Dios.*

JAMES FRANCIS Card. STAFFORD  
Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos